

## ¿Un Politólogo en la República Dominicana?

Por Julio Brea Franco

Algunos amigos que nos conceden el honor de interesarse en las inquietudes que vertimos en esta, nuestra "brújula", golpeados por el título de nuestra última entrega, aquél de "El politólogo con empleo", nos han cuestionado si en nuestro país el politólogo tiene trabajo. Buena pregunta que nos cae al "dedillo". Precisamente era este el aspecto que pensábamos abordar para esta semana. Un tema interesante que nos permite reorientar nuestra atención de lo que es hoy "el pan nuestro de cada día": la campaña electoral.

Indudablemente estamos viviendo un clima en donde imperan los rumores, las conjeturas y las especulaciones. Porque desde hace meses la política está al orden del día. Y la temperatura está alta no solo porque en verdad hace calor, sino porque las pasiones se encuentran exacerbadas. Ahí están las provocaciones y los choques entre partidarios opuestos. Lamentables. Y muchos interpretan que podrían ser los primeros signos de una política de presión que apenas ha comenzado. Pudiera ser.

Pero mientras se clarifica aun más el ambiente político electoral que induce a los más a actuar con el corazón demasiado caliente y con la cabeza poco fría, conveniente es que prosigamos con el tema que hemos venido apenas acariciando. Posiblemente, pensarán algunos, que eso de hablar del politólogo en Dominicana cuando apenas existen "tres gatos" carece en absoluto de trascendencia. Con sinceridad no dejamos de reconocer que la cuestión aparenta ser nimia, pero no compartimos esta opinión. El problema ocupacional no solo afecta al científico político: también muchos "primos hermanos" que cultivan otras disciplinas sociales se encuentran en esta misma situación. Y no sería demasiado atrevido afirmar que es "el problema" de muchos técnicos, los por antonomasia; físicos, químicos, ingenieros con apellidos como los que abundan en esta era de la especialización, etc. Es esta una situación que mortifica y preocupa. Primero, porque han estudiado, se han capacitado para vivir de algo. Segundo, porque en su mayoría son jóvenes y tienen inquietudes, y como tales desean poder contribuir al desarrollo de nuestro país. Aspiración legítima, y loable también.

Sería ambicioso de nuestra parte pretender "diagnosticar", para utilizar un término de la "verborrea sociológica" tan en boga hoy día, en unas cuantas cuartillas. Ilusorio es en verdad, pero además el análisis de esta situación debe ser fruto de una reflexión común con participación de los directos interesados. Aclarado y advertido esto es nuestro interés tan solo plantear el problema lo más desnudamente posible. Y como eso de técnico es muy general tendremos un claro y concreto referente: el politólogo.

Ya hemos dicho que el graduado en Ciencia Política tiene un oficio. Un oficio que es el resultado de un cruce entre la demanda y la oferta. Entre las necesidades sociales producto de

una conciencia, de una aceptación y de una comprensión de la disciplina, y de una oferta más o menos consistente. En otras palabras, el graduado en Ciencia Política encontrará trabajo, podrá desplegar su oficio en la medida en que se comprenda la instrumentalidad de la disciplina y que la comunidad de estos profesionales sea consistente.

Esto es lo que ocurre en países desarrollados. Por esto el politólogo tiene empleo. Puede desempeñarse como técnico en la Administración Pública, en los grupos de interés y de presión, en los partidos políticos, en los periódicos, en los centros de investigación aplicada y en otros lugares más. ¿Y qué ocurre en países como el nuestro?

En primer término, existiendo las necesidades sociales no se han concientizado. Se piensa que se estudia Ciencia Política únicamente para ser político. Y esto, ya lo hemos visto, no corresponde totalmente a la realidad. Pero además: la comunidad de politólogos es hoy por hoy notablemente exigua. Son pocos los graduados aun si está abocada a incrementarse ahora con los egresados del Departamento de Ciencias Políticas de la UASD. Y es casualmente esta perspectiva la que nos ha motivado a reflexionar públicamente sobre este tema.

Pero debemos evitar irnos por la tangente: lo que realmente condiciona y condicionará a corto plazo la utilización efectiva de estos profesionales estriba en el nivel de desarrollo de nuestro sistema político. Un sistema que básicamente continúa tradicional no obstante los cambios típicamente modernos que se han registrado. Y una prueba fehaciente lo constituye nuestra Administración Pública y la falta de una mentalidad planificadora, mejor aún: la ausencia de voluntad política para planificar. Y si esto ocurre, la labor de los técnicos de esta estructura resulta estéril porque no son precisamente los criterios, mínimamente los criterios racionales los que imperan. Muy por el contrario: son los políticos los que predominan. La

Administración Pública es una parte del sistema político, técnicamente puede decirse que es un sub-sistema político, y por esto, tiene que reflejar las características del todo. Dicho con crudeza y en términos muy generales, la Administración Pública en nuestro país se caracteriza por la preponderancia de criterios políticos sobre criterios de racionalidad y eficiencia. La función que ha desempeñado en el sistema no ha sido otra que la de ser una especie de botón político para las fuerzas que logran alcanzar el poder y de un depósito de incondicionales que contribuyen a vender legitimidad al sistema.

Esta es una realidad que no puede dejar de ser visualizada en ningún momento. Mientras la misma Ciencia Política no avanza, y no se hagan los esfuerzos para explicar, y demostrar sobre todo, que es útil, y como lo es, es muy posible que los profesionales que la cultivan no se valorizarán. Y esta es una responsabilidad de los ya graduados quienes en la actualidad y en su mayoría laboran en instituciones educativas universitarias. Solo así, con una labor paciente de divulgación y de investigación utilizando los canales adecuados podrá influir para que esta situación cambie en consonancia con el proceso de modernización de nuestro sistema político.

Pensamos que las posibilidades laborales a corto plazo son prácticamente inexistentes. Pero no debemos perder la esperanza. Hoy el problema no es tan relevante por la exiguidad de politólogos dominicanos. Pero mañana la situación va a cambiar. Y si se quiere, ser mínimamente responsable, el problema ocupacional debe ser planteado, no con miras a desanimar a los que se proyectan como graduados de Ciencia Política, sino como una explicación que merecen y a la cual tienen derecho. El politólogo dominicano tiene muy pocas posibilidades en el presente. Pero no debemos olvidar que también los economistas tuvieron que trillar su propio camino.

